

EL MINISTERIO EXPIATORIO DE CRISTO EN LA CRUZ

Por Raouí Dederen

El Cristianismo es preeminentemente una religión de redención. Cristo es el centro. Nuestra religión no es en primer lugar la aceptación de un credo. Esencialmente es un compromiso con una Persona. Ser un cristiano significa decirle sí a Cristo y hacerlo sin reservas. De éste modo, en el corazón de nuestra vida Cristiana existe esta relación personal con Cristo en la cual nos entregamos a él con amor obediente. Aquí todo circunda a Aquel con quien nuestra alma está en directa y viva comunión. Todo se centra alrededor del eterno acto de Dios en Cristo, alrededor de la persona de Cristo y de la cruz de Cristo. Y en el último suceso alrededor de la cruz de Cristo, "porque es la clave de su persona", 1

De acuerdo a lo que Oscar Cullman ha mostrado tan conclusivamente en su muy significativo libro Cristo y el Tiempo, el evento de Cristo es el centro de la historia de redención. 2 Y la muerte de nuestro Señor es su epítome. Es la marca que más claramente identifica la religión que emana de Jesús de Nazareth. 3 "La cruz del Calvario," escribe Elena G. de White, "es el gran centro". 4 Contrariamente a la realidad en el caso de hombres ordinarios, la evidencia del NT muestra que la muerte de Cristo es de tan grande importancia como su vida. Era inevitable que en los Evangelios el recuento del ministerio de nuestro Señor tuviera como final la pasión. Por la naturaleza del acontecimiento, la muerte de Cristo debía estar al final de cada evangelio. Pero mientras que del punto de vista biográfico una breve referencia al hecho y sus circunstancias hubieran bastado, lo que realmente se nos ofrece en los evangelios es una epopeya de pasión que se extiende hasta el límite máximo permitido por el tema. Es un hecho muy conocido de que por lo menos un cuarto de cada evangelio se concentra en los eventos inmediatamente anteriores o posteriores a la muerte del Señor. Henry Clarence Thiessen va mas allá al escribir que "si todos los 3 años y medio de Su [de Cristo] ministerio público hubieran sido escritos tan ampliamente como los últimos tres días nosotros tendríamos una "Vida de Cristo" de unas 8, 400 páginas". (Introductory Lectures in Systematic Theology, Grand Rapids: Eerdmans, 1963, p.313). Obviamente la muerte y resurrección de Jesucristo fue considerada de suprema importancia en la temprana iglesia. Más allá del evento

histórico de la muerte de Cristo ocurrió algo que tiene significado teológico.

Este significado teológico, yo creo, se hace perceptible en la doctrina cristiana de la expiación. Es una doctrina de inescrutable profundidad e inagotable misterio. En gran medida determina todas las demás doctrinas. El término en sí: "expiación" (atonement) es ambiguo y requiere definición. En las palabras de Robert H. Culpeper, "es de origen Anglo Sajón y su significado original es reconciliación, la restauración de un compañerismo roto". Mientras que en el Inglés shakespeareano "atone" es reconciliar, en tiempos más recientes el término significa reparar, hacer enmienda por una ofensa. En nuestro estudio el término es usado para describir el acto salvador de Dios en Cristo por medio del cual se efectúa nuestra reconciliación con Dios.

I. La Muerte de Cristo y el Pecado del Hombre.

A. Cristo como el Cordero de Dios. Desde la aparición trascendental del Cur Deus Homo? (1908) de Anselmo la doctrina de la expiación ha sido siempre el centro de la teología Cristiana. Los teólogos en general están de acuerdo en cuanto a la centralidad de la doctrina. Es con relación a la interpretación de la expiación que prevalecen una gran diversidad de ideas.⁶ Como se pidió me referiré a un aspecto del ministerio expiatorio de Cristo como es entendido en el NT: su muerte en la cruz. ¿Cómo es que la muerte de este hombre en una lejana ciudad del mundo antiguo, casi 2,000 años atrás, tiene un significado salvador y reconciliador para mí hoy?

En una serie de presentaciones como ésta, que aspira a ser breve y sencilla, es imposible evitar la distorsión que procede de la simplicificación. Tampoco es posible evitar la impresión de arbitrariedad en la selección de las facetitas a discutirse. Estoy muy en contra, por ejemplo, de que se aisle la muerte de Cristo de su resurrección: Así como la cruz de Cristo no debe separarse de su encarnación y de su vida, tampoco se puede separarla de su resurrección. Yo considero la resurrección de Cristo como esencial para el misterio de salvación. Una teología de redención que presta exclusiva atención a la muerte de Cristo está necesariamente desequilibrada y empobrecida. Sin embargo, a pesar de estos defectos, un intento de ésta índole debe ser hecho porque un correcto entendimiento del significado y la pertinencia de la cruz de Cristo se encuentra en el corazón mismo de la experiencia cristiana.

Una de las primeras cosas que sorprende al lector del NT interesado en un entendimiento teológico de la crucifixión de Cristo es la confesión de la Iglesia primitiva de la impecabilidad de Cristo, de su inocencia, o más positivamente su santidad. El es el "Cordero de Dios" (Juan 1:36). Sin embargo raramente el NT habla de su santidad sin, inmediatamente y en la misma conexión, mencionar la culpa que él acarrearía como Cordero de Dios: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo", declara Juan (Juan 1:29). La muerte de Cristo está en íntima conexión con el hecho de que fue "por nosotros". La suya fue una muerte fructífera y beneficiosa; la muerte de un grano de trigo que únicamente muriendo primero puede producir mucho fruto (Juan 12:20-25).

- B. Tres dimensiones básicas de la muerte de Cristo. No estamos tratando aquí con el final trágico de un hombre desilusionado, ni con la muerte de un mártir, sino con un sacrificio, una entrega de sí mismo, una redención, un sufrimiento reconciliador.
1. Los hombres prepararon el camino hacia la cruz. Los primeros sermones en el libro de los Hechos representan la crucifixión de Cristo como un crimen de los judíos, pero un crimen que Dios contrarrestó al levantar a Jesús de los muertos.⁷ Los hombres prepararon el camino a la cruz. Jesús, sin ninguna duda, había estado enteramente conciente de este hecho. El sabía que sería entregado en las manos de los hombres (Miqueas 9:31) y a los Gentiles (Miqueas 10:33), sería matado (Miqueas 8:31), burlado, castigado y escupido (Miqueas 10:34). El sabía lo que algunos de sus discípulos harían (Juan 19:11). Nosotros leemos en los evangelios acerca de acciones, planes, reuniones, intrigas, el resultado de lo cual es resumido en las palabras: "ellos le crucificaron" (Lucas 23:33).
 2. Una manifestación de la Actividad de Dios. No es sorprendente, por lo tanto, que desde el mismo comienzo la predicación apostólica enfatizara lo mismo, enteramente conciente del rol que los hombres habían desempeñado en conexión con la crucifixión de Cristo. La responsabilidad y culpabilidad del hombre es enfatizada por declaraciones como "quien vosotros crucificásteis" (Hechos 2:36; 4:10).⁸ Y aún, aunque parezca paradójico, los mismos sermones en el mismo libro de Hechos nos demuestran claramente que la muerte de Jesús no ocurrió por accidente sino en cumplimiento de "cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera" (Hechos 4:27-28;

3:18), La actividad humana en sí no explica la muerte de Cristo. Los hombres, sin lugar a dudas, prepararon el camino a la cruz. Pero los planes y las intrigas de los hombres no tuvieron la palabra decisiva. En todo el evangelio resulta claro y este ES el evangelio - que finalmente otra fuerza cruzó la línea de la acción humana para expresar este misterio.

Aquí, la fe, bajo la luz de la revelación, discierne claramente la naturaleza de la intervención divina. Esto se discierne ya inmediatamente después del Pentecostés, cuando Pedro, por ejemplo, ve dos aspectos en este grave evento: "Este Jesús", declara el apóstol, "entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis, y matasteis por manos de iníquos, crucificándole" (Hechos 2:23). La providencia de Dios estaba dirigiendo cada paso del camino de Cristo. La actividad de Dios se estaba manifestando en Jesús por medio de la acción humana. El mismo apóstol Pedro habla de "esa piedra viva rechazada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa" (1 Pedro 2:4). Resulta interesante que el autor del Salmo 118, al cual el apóstol está citando, añade: "De parte de Jehová es esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos" (Sal. 118:23). La acción del hombre es evidente, pero la sabiduría y amorosa bondad de Dios superan la iniquidad de los hombres. De esta manera lo horrible e injusto de la muerte de Cristo es colocado a la luz de la liberación divina.

Unos 700 años antes Isaías ya había expresado la obra de Dios por medio del Mesías en la profecía concerniente al Hombre de Sufrimiento. Es cierto que esta profecía indica claramente qué papel desempeñarán los hombres en este proceso, cuando declara que el Siervo del Señor sería afligido y oprimido (Isaías 53:7), y que sería contado con los perversos (v. 12; note que Cristo aplica estas mismas palabras a sí mismo en Lucas 22:37). El énfasis, sin embargo, está puesto en el hecho de que es Jehová quien cargó en él el pecado de todos nosotros (v. 6). "Jehová quiso quebrantarlo" (v. 10).

Es precisamente la plena comprensión de la relación entre estos dos elementos, el rechazo humano y la buena voluntad de Dios, que nos da la verdadera concepción del significado de sufrimiento y muerte de Cristo. Y es precisamente porque entendió el propósito de la redención de Dios por medio de la muerte de Cristo, que Pablo podía hablar del Cristo crucificado como "el poder de Dios y sabiduría de Dios" (1 Cor. 1:24),

y podía hablar de la muerte del Señor como "conforme a la voluntad de Dios y Padre nuestro" (Gálatas 1:4). Por esta razón él se gloriaba en la cruz y la hizo el centro de su mensaje (Gálatas 6:14); 1 Cor. 2:2). Cualquiera que al mirar la cruz de Jesús ve sólo el sufrimiento y desprecio que causaron los hombres al Hijo del Hombre, no ve el profundo significado de su muerte.

3. La propia Elección Deliberada de Cristo.

A esta altura debería ser evidente, porque Cristo, en su muerte, reacciona no solamente a las acciones de los hombres sino a las del Padre. El es completamente conciente que ha sido enviado por el Padre. El ve la obra de Dios en y a través del sufrimiento que los hombres infligen sobre él. El sabe que la copa con la cual se enfrenta proviene del Padre (Juan 18:11). Así es como en el Getsemaní, implora al Padre en cuanto a esto (Mateo 26:39, 42). El es conciente de que su sufrimiento no es meramente el resultado de lo que los hombres le están haciendo, sino que el Padre, por medio de las acciones de éstos, coloca la copa en manos de su Hijo. Y en la cruz Jesús nuevamente clama al Padre a causa del sentimiento de desamparo que le produce la oscuridad que lo rodea (Mat. 27:46). Esto también es un acto de Dios. No hay ninguna duda que detrás de la cruz estaba el designio de los hombres, una coalición sin letra de las fuerzas humanas. Pero hay todavía otra actividad, otra dimensión; es también "La obra del Señor. A nuestros ojos es maravillosa, llena de prodigios y sorprendente".

Hasta ahora hemos mencionado dos dimensiones en la muerte de Cristo: principalmente la acción de Dios y la correspondiente a los hombres. Permítaseme llamar la atención a una tercera. Me refiero a la propia actividad de Cristo en su muerte. Cristo, en su muerte, no es una víctima pasiva e involuntaria. Al contrario. El escogió esto deliberadamente. Fue su propio acto deliberado. Temprano en su ministerio público hizo claro a Nicodemo que "así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado; para que todo aquel que en él creyere, no se pierda, sino que tenga vida eterna" (Juan 3:14-15). El vino para dar su vida en rescate por muchos (Marcos 10:45); y como el Buen Pastor, da su vida por las ovejas (Juan 10:11, 15). El no dejó ni rastro de duda concerniente a cuál era su actividad hasta el mismo fin, cuando dijo, "Por eso me ama el Padre, porque yo pongo

mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita mas yo la pongo de mi mismo, " (Juan 10:17-18).

¿Por la voluntad y por la acción de quiénes estaba Jesús suspendido en la cruz del Calvario? Por la voluntad de Pilato, el designio de los judíos, el triunfo jactancioso de los poderes demoníacos, y el propósito de Dios. Pero esto es solamente parte de la verdad. El mismo afirmó, "Tengo poder para ponerla [a su vida], y tengo poder para volverla a tomar" (Juan 10:18). El podría haber evitado la crucifixión, y en realidad estuvo continuamente tentado a evitarla; tentado en el desierto,⁹ tentado por Pedro - "Esto nunca te ocurrirá",¹⁰ tentado en el Getsemaní hasta que su transpiración "llegó a ser como gotas de sangre".¹¹ ¿Esta no era una víctima importante, no era una muerte por accidente! El podría haberla evitado, pero simplemente eligió no hacerlo. En cada momento y a cada paso del ministerio de Cristo entre nosotros siempre tuvo el mismo deseo de dar su vida. Se pone de manifiesto que Jesús pensó en su crucifixión como una parte esencial de la misión que él había venido a cumplir al llevar a cabo en el plan divino de salvación.¹²

La Muerte de Cristo: su Necesidad. A medida que hemos repasado los puntos principales de la visión de la cruz en el NT, hemos notado que hay tres caminos, tres líneas que se entrecruzan; la línea de la actividad humana, la mano de Dios que empuña el timón, y la buena voluntad de Cristo para entregar su vida. Existe todavía otro importante énfasis escritural indispensable para un entendimiento correcto de la singularidad de la muerte de Cristo, es ta vez en relación con su necesidad.

1. Cristo **DEBE** sufrir en Jerusalén. Las Escrituras expresan esto al decir que Cristo debe sufrir en Jerusalén. Este "debe" de ninguna manera significa una obligación que elimina la libre voluntad y acción del hombre. En algunas ocasiones está declarado explícitamente, en otras está denotado al citar ciertas declaraciones del AT como ser el cumplimiento de ciertos incidentes a lo largo del ministerio de Cristo. Así leemos, por ejemplo, que el Hijo del hombre "debe sufrir muchas cosas y ser rechazado por esta generación" (Lucas 17:25). Las palabras de Cristo a Pedro en Cesarea de Filipos son muy significativas (Mateo 16:16-21). Apenas Pedro había confesado que Jesús era "el Cristo, el Hijo del Dios viviente" (Mateo 16:16), "Jesús comenzó a mostrar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales

sacerdotes y de los escribas; y ser muerto y resucitar al tercer día (Mateo 16:21).¹³ Unos pocos meses después, nuestro Señor relacionó el hecho de que sus discípulos lo abandonarían, con la profecía de Zacarías (13:7) concerniente al pastor que sería herido y el rebaño dispersado (Mat. 26:3). Cuando es arrestado en el Getsemaní, declina la posibilidad de orar a su Padre pidiendo doce legiones de ángeles porque "¿cómo, entonces, se cumplirían las Escrituras de que es necesario que así se haga?" (Mat. 26:54). El hecho de que es así arrestado, y alejado por sus enemigos, se efectúa "para que se cumplan las Escrituras de los profetas" (Mat. 26:56).

Claramente, para Cristo, detrás del testimonio de las Escrituras está el plan de Dios. Este testimonio es tan fidedigno que puede decirse que las Escrituras deben ser cumplidas. En las palabras de Kittel, "deben", tiene un "carácter de necesidad y de inevitabilidad". La suya "no era una creencia ciega en el destino, sino fe en los planes eternos de Dios".¹⁴ Cristo no se sujetó involuntariamente a este "debe" como una suerte malévola, sino que voluntariamente se rindió a la voluntad del Padre. "Nada", escribe Elena de White, "sino la muerte del Hijo de Dios podría salvar al hombre caído del dolor y la miseria" (EW 127).

2. La cruz como una evidencia del amor de Dios. ¿Qué es lo que, hasta el presente, nos impresiona como lo más significativo en la muerte de Cristo? Los primeros Cristianos, sin ninguna duda, al mirar hacia atrás y meditar en el terrible suceso del Calvario lo entendieron esencialmente como una evidencia del amor redentor de Dios. ¡De Dios! ¡Ciertamente! No solamente del amor de Cristo que lo llevó al sacrificio sino también del amor del Padre. Así, por ejemplo, Pablo nos dice que "Dios encarece su amor hacia nosotros, en esto, en que siendo aún pecadores Cristo murió por nosotros". (Rom, 5:8) Nosotros hubiésemos esperado que él hablase del amor de Cristo, pero del amor de Dios! ¿Acaso la cruz no parece incompatible con la creencia de que el mundo es gobernado por una providencia de gracia?¹⁵ Para un observador cualquiera podría ser así. Pero no para Pablo. Para él era claro que Dios estaba en Cristo y que la cruz nos demuestra el amor de Dios. Sin la menor vacilación afirma que "Dios, siendo rico en misericordia, a causa de su grande amor con que nos amó, aún cuando estábamos muertos en nuestras transgresiones, nos dió vida juntamente con Cristo" (Efesios 2:4-5). Lo que él ve

presente en la cruz, es el propio amor del Padre.

Los primeros seguidores de Jesús creyeron que Dios ciertamente se interesa, y que la crucifixión se había efectuado por el propósito de Dios, por su propósito de conceder perdón a pecadores. ¹⁶ No hay lugar, aquí, para una división entre Padre e Hijo sobre este asunto, como algunos han tratado de hacer; porque, en las mismas palabras de Juan, "de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él cree no se pierda, más tenga vida eterna" (Juan 3:16). El NT testimonia la identificación notable entre el amor de Cristo, que lo condujo a la cruz, y el amor del Padre que lo envió y lo entregó.

¿Por qué es que los apóstoles nunca predicaron la cruz sin decir, "Esta es la obra de Dios, el propósito de Dios en su acción, el modo que Dios usa para traer salvación a un mundo perdido"? En los días de Pablo, tanto los judíos como los griegos llamaban a la cruz "tropezadero" e "insensatez" (1 Cor. 1:23). ¿Por qué no querían ellos también que fuese quitada, su primida, eliminada como insensatez y cosa absurda? ¿Por qué? Porque por intermedio del ministerio del Espíritu Santo, con respeto y asombro, llegaron a captar la maravillosa verdad de que la crucifixión de Jesucristo era el camino que Dios usaba para tratar con nuestros pecados. Esta era la forma de actuar de Dios, la obra de Dios. En los términos memorables de Pablo "Todas las cosas son de Dios, el cual nos ha reconciliado consigo mismo por medio de Cristo . . . , es a saber, que Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo mismo al mundo, no imputando a los hombres sus transgresiones . . ." (2 Cor. 5:18-19). Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo mismo al mundo. Es tan sencillo como esto.

La cruz de Cristo es un acontecimiento único, que nos presenta el corazón mismo del Eterno, porque no se trata solo de palabras, ni aún de una sublime declaración. Es un acto, un acto de Dios, un acto en el cual el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo se ocuparon del pecado e hicieron algo para darle fin. Aunque es cierto que en el NT no existe ningún concepto de cómo este sacrificio trae la reconciliación, cualquiera sea el proceso de salvación concebido por la muerte de Cristo, siempre es considerado como el clímax de la revelación del amor de Dios. Un amor divino que produce en nosotros una respuesta de amor. Por esto es que predicamos a Cristo y al Cristo crucificado. La verdad revelada de Dios.

II. La Muerte de Cristo: Su Significado.

Habiendo discutido el testimonio del NT concerniente a lo que Cristo hizo en la cruz y lo crucial de su muerte, ahora es mi deseo considerar su verdadero entendimiento. ¿Cuál es el significado de la crucifixión? Este tema es de mayor importancia ya que el propósito mismo de la muerte de nuestro Señor está en juego.

Como la larga historia de controversias sobre la interpretación de la muerte de Cristo lo demuestra, es posible interpretar mal su significado.¹⁷ No solamente los enemigos de Cristo sostenían una grave mal interpretación del significado, sino que también, al principio, algunos de sus más inmediatos discípulos. Sin embargo, creyendo que la Biblia es la palabra de Dios para el hombre, y que las declaraciones de las Escrituras en relación a la muerte de Cristo tienen el propósito de ser comprendidas por los hombres y mujeres cristianos, comunes, de hoy día, sostengo que es nuestro deber y privilegio "escudriñar las Escrituras" bajo la guía prometida del Espíritu Santo hasta que alcanzemos ese entendimiento que satisface la mente, el corazón y la conciencia y conduce hacia la seguridad y la finalidad de la investigación. Aunque es cierto que nunca llegaremos a una explicación íntegra de la expiación ni tampoco a una comprensión completa de sus implicaciones, es evidente que únicamente bajo la luz de la revelación se puede evitar una completa mal interpretación de este acontecimiento.

A. El testimonio de Pablo. Por lo tanto, acudamos a las Escrituras para hallar la respuesta a nuestra pregunta. Aquí, el testimonio de Pablo debería ser de gran ayuda. Ningún otro autor en el NT parece haber comprendido el propósito redentor de Dios por medio de la muerte de Cristo tan plenamente como Pablo. Ningún otro escribió tan abundantemente sobre el tema. El primer contacto de Pablo con Jesús no fue, como los otros apóstoles, durante la vida del Maestro, sino en camino a Damasco (Gál. 1:11-17).¹⁸ Aquí Pablo experimentó "el poder de su resurrección" (Fil. 3:10). Tan estremecedor fue este encuentro que cambió radicalmente sus creencias teológicas fundamentales. De allí en adelante Pablo llegó a percibir la centralidad de la cruz, y a Jesucristo no como un maestro o un ejemplo, en primer lugar, -aunque lo era- sino como Salvador y Redentor. El experimentó un poder en su vida, un nuevo poder. Y él lo asoció con la cruz: "Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios" (1 Cor. 1:18; cf. Rom. 1:16).¹⁹

Para Pablo, la cruz de Cristo era esencialmente un acto de Dios, el acto de Dios, y absolutamente el centro. El se glorificó en él, y lo hizo el centro de su mensaje (Gál. 6:14; 1 Cor. 2:2). Todo lo que era y todo lo que esperaba se centralizaba en la acción de Dios en la cruz.

1. Cristo murió "por" nosotros. Para Pablo era básico que Cristo murió "por" el pecado, y que fue crucificado "por" los hombres. Así por ejemplo, Cristo "fue entregado por nuestras transgresiones" (Rom. 4:25), el "murió por nuestros pecados" (1 Cor. 15:3), y "se dio a sí mismo por nuestros pecados" (Gál. 1:4). Al mismo tiempo afirma que "Cristo murió por los impíos" (Rom. 5:6), o "por los pecadores" (Rom. 5:8). El murió "por nosotros" (2 Tes. 5:10) como también "por todos" (2 Cor. 5:14).

Esta es una forma de encararlo particular a Pablo. Cristo mismo describió su muerte a la luz de este concepto cuando dijo "Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí" (Lucas 22:19). Nosotros, por lo tanto, decimos que la muerte de Cristo fue "vicaria", i. e. una muerte efectuada en lugar de otros, teniendo en cuenta el beneficio de otros. Ha habido grandes diferencias de opiniones en cuanto al término "por vosotros", y la distinción frecuentemente ha sido hecha entre "en favor de vosotros" (hyper) y "en vuestro lugar" (anti).²⁰ Creo, juntamente con muchos otros, que la Escritura no asegura una distinción tan radical. "En lugar de" y "en favor de" no se contradicen ni se excluyen mutuamente. La muerte de Cristo fue enteramente "en favor de" porque sucedió "en lugar de". La suya fue una muerte vicaria y substitutiva.

2. La muerte de Cristo; un sacrificio. Algunas veces Pablo contempla la muerte de Cristo como un sacrificio. La idea de un sacrificio con derramamiento de sangre, y con una relación divín-humana que en gran medida depende de ello, resulta bastante repulsiva para muchos de nuestros contemporáneos. Aun que numerosos teólogos han tratado de hacer poco caso a esta faceta de la teología de Pablo,²¹ es difícil pasar por alto el énfasis paulino sobre este punto. El nos dice, por ejemplo, que "Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante" (Efesios 5:2). El también se refiere a un sacrificio particular cuando él nos recuerda que "nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros" (1 Cor. 5:7). Tales declaraciones señalan que la muerte de Cristo está tratando definitivamente con el pecado, un asunto de inmensa importancia para nosotros.²²